



CRITICA DE LIBROS INEXISTENTES

MUERE VICTIMA DEL PSICOANALISIS

Ha fallecido, arrojándose por el Viaducto a la antigua usanza, don Darío Pérez, quien ha dejado una nota explicativa de los motivos que le han conducido a ejecutar tan reprochable acto. Según dice en ella, don Darío era un señor que, deseoso de conocerse a sí mismo mejor, comenzó a psicoanalizarse siguiendo los métodos freudianos.

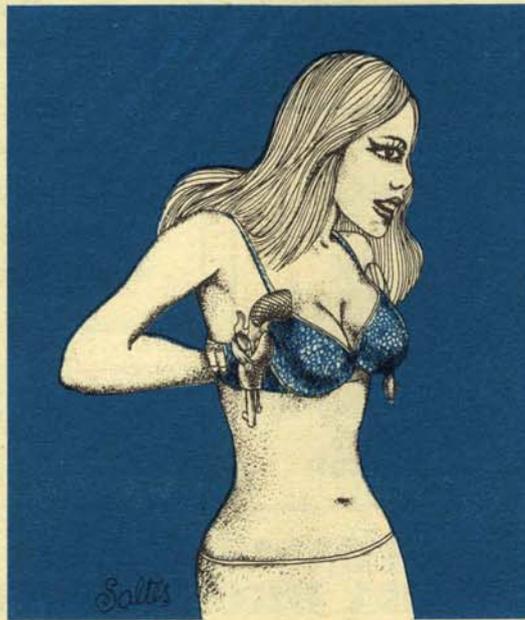
Por ello dedujo que sus frecuentes olvidos en realizar ciertos favores a sus amigos y familiares se debían a una repugnancia reprimida hacia ellos, por lo que considerándose indigno de su amistad, fue apartándose paulatinamente, hasta quedarse solo. Más tarde se sorprendió un día jugueteando con la alianza de boda, lo que interpretó como un desprecio hacia su matrimonio; fiel consigo mismo y sus ocultos impulsos, no dudó en separarse de su cónyuge.

El análisis de sus más insignificantes actos le llevó a relacionarlos íntimamente con el sexo, ya que eran manifestaciones externas de su represión interior; esto le creó una conciencia de maniaco se-

xual próximo a explotar, lo que, unido al descubrimiento de un terrible complejo de Edipo, no pudiéndolo resistir, ha sido la causa de su suicidio.

Tal y como aclara en la nota, él era el único que se sabía un excremento de la sociedad, y prefirió quitarse la vida antes de cometer cualquier baja acción y que fueran otros los que se la quitaran. Así, pues, el psicoanálisis ha causado una víctima: no es bueno conocerse a sí mismo.

PIBE HAMETE



La revalorización del género folletinesco iniciada con carácter mundial por «Love Story» y seguida por el éxito de «Simplemente María», propicia la aparición de esta novela-surtidor del americano Sheppard. Una historia con un arranque sugestivo: el encuentro en un depósito de chatarra de una niña abandonada, una niña cojita y con un enorme solitario, inicia una serie de episodios que se van complicando paulatinamente e incorporando a la acción a un censo de personajes

que asciende al millar largo.

Aquella niña cojita, tras ser recogida por un pordiosero del Bronx, crece en un ambiente sórdido y promiscuo en el que toda degeneración está presente. El pordiosero la hace objeto de la más vil explotación, y asesina, con una cuchilla de afeitar, al primer amor de la cojita, drogadicto pero buena persona, que es un «hippy» de Greenwich Village que trata de redimirla del infierno de su hogar para llevarla a los paraísos artificiales y luego a Katmandú. La impresionante escena del asesinato ocurre en Central Park, cuando el drogadicto explica a la cojita el itinerario, en medio de la indiferencia de los transeúntes.

Milagrosamente, el anillo escapa a la venta porque el malvado mendigo siente por él un extraño respeto. Un día que la cojita deambula por la calle 42 hojeando pornografía, un señorón se la queda mirando, mira la sortija y cae en sus brazos: «¡Hija, hija!». Todo cambia en la vida de la desgraciada cojita, que acaba casándose con don Roque Feller, Junior.

PARDO PATAN

... «La Iliada», de Homero, tendría un argumento muy parecido a éste: París, miembro de la organización terrorista Ilión, secuestra a Helena, esposa de Menelao, un riquísimo industrial, con la aparente intención de conseguir la ampliación de la hora del bocadillo en una empresa manejada por el magnate, que se encontraba en conflicto colectivo tratando de obtener la citada mejora laboral. Sin embargo, la Ilión sólo pretende sacar fondos con el rescate y perturbar la paz y la tranquilidad del país, por lo que, conscientes de ello, todos los grupos de extrema derecha se aprestan a luchar contra los terroristas

SI LOS CLASICOS ESCRIBIERAN HOY...

tas al mando de Agamenón, hermano de Menelao y algo reaccionario, pero que, más que nada, le interesa liberar a su cuñada, Helena, sin soltar una perra. Siguen varias escaramuzas, con victorias parciales de ambos bandos. Aquiles, jefe del

T. O. D. A. V. I. A., organización de ultra derecha, se enfada con Agamenón porque éste no quiere fusilar a Briselda, una «progre» que han cazado, y toma las armas, reta a Héctor y le da una tunda que lo deja para el arrastre, efectuándose éste durante tres

días alrededor del cuartel general de Ilión.

Priamo, jefe de la Ilión, suplica ante Aquiles que se le entregue lo que quede de Héctor, y el héroe, católico preconciliar al fin y al cabo, accede a que se le lleven al país extranjero que tan desvergonzadamente apoya a los separatistas y le celebren solemnes funerales.

Aunque Homero no lo cuenta en «La Iliada», todo el mundo sabe que Helena fue liberada al final, en que vencieron los de siempre, y la organización sufrió un rudo golpe, del que tardó en reponerse. Como que todavía no está repuesta.

P. H.



THE SOCAVON IN LONDON

Un niño rubito, inglés de Londres, se ha caído en un socavón del que era responsable la Metropolitan Water Board, una compañía distribuidora de agua. El juez Cusack ha condenado a la Metropolitan esa a indemnizar al pequeño Freddie con el pago de 10.555 libras, parte de las cuales serán destinadas para que el niño rubito, inglés de Londres, realice su sueño dorado, que, por lo visto, son unas vacaciones en España. Hasta aquí el sagrado texto.

Así, pues, este verano tendremos entre nosotros a un niño inglés, guapo e indemnizado. Comerá sandía, hará algún viaje en burrotaxi, contemplará a sus paisanos pegándole a la sangría y a la paela a la caída del sol y se comprará un sombrero mejicano. Pero como el niño acaba de darse un batacazo que le ha averiado un poco el cráneo, es de suponer que llegará aquí muy concienciado en materia de urbanismo y asfaltado. El trauma puede ser terrible cuando vea que los españoles vamos saltando zanjas como si nada, que por estos parajes los abuelos usan garrocha para cruzar algunas calles por su cuenta y riesgo, que los niños están esperando que levanten su acera, lo que suele suceder a cada cambio de estación, para usar los grandes agujeros municipales de trincheras.

Los padres del niño rubito, inglés de Londres, deben saber que aquí en España uno se cae a un socavón porque le da la gana. O porque es flojo de remos, y entonces no tiene la culpa el Ayuntamiento. O porque va uno por la calle como un bobo mirando a las señoras con ojos de lascivia, y entonces, además de caer en el hoyo, si el hoyo es profundo, puede precipitarse en el infierno. Todo a cargo del consumidor. Esta es una tierra de hombres con pantorrillas ligeras, de ciudadanos obedientes que viven peligrosamente y, además, gratis. Y aquí no se conoce lo que es miedo o indemnización. Porque si por el simple hecho de caerse en un agujero municipal o privado, a un español le dieran un pico de pasta, se supone que no habría agujeros, ya que estarían llenos de contribuyentes y con cola alrededor. Cuando llegue a España el niño inglés habrá que estampillarle en el pasaporte la advertencia severa de que si se cae en un socavón del territorio nacional, a lo sumo que tiene derecho es a una tirita y yodo. Y como cosa especial, si encuentra a una vecina caritativa, a un trago de agua del Carmen.

VICENT

